

Vendimia

Todos los primeros amores son calamitosos, pero algunos son capaces de desarbolar la vida de una persona. Se llamaba Amapola la chica que, acompañada de sus padres, había subido a vendimiar a La Rioja. Habían venido desde Córdoba en autobús, lo mismo que nosotros desde Madrid.

Amapola tenía quince años; yo, catorce.

Su familia era pobre; la mía, también.

Aquel año las uvas habían alcanzado su punto óptimo de madurez a mediados de septiembre y pensábamos quedarnos tres semanas. Nuestra labor consistía en recolectar la uva de las cepas, amontonarla en capazos y cargarla en camiones que la cooperativa trasladaba hasta las bodegas de Cenicero.

—¡Estas uvas serán para Marqués de Cáceres! —decía mi padre lleno de orgullo.

A mi padre le gustaba la ciencia del vino y nos contaba que en las bodegas a la uva se le añadía levadura para acelerar el proceso. Sin dejar de vendimiar, refería una serie de trabajos donde el vino debía ser continuamente remontado y aireado, siempre con cuidado del tufo, que no era sino el dióxido de carbono que el vino desprendía durante su fermentación. Yo intentaba prestar atención, pero sólo tenía ojos para Amapola, la cual, a pocas vides de distancia, recogía racimos reconcentrada en su labor. Su piel era morena y el zumo de las uvas dibujaba meandros violetas entre sus dedos.

El trabajo era duro, de lunes a domingo y de sol a sol, y todos dormíamos en un barracón común con colchones desperdigados por el suelo. Pero estábamos bien. Entre los temporeros se compartía lo que había —queso, chorizo, mojama— y por las noches, a pesar del cansancio, encendíamos una hoguera y cantábamos. El padre de Amapola sacaba una guitarra flamenca y bebíamos el vino sin etiquetar que los miembros de la cooperativa nos regalaban.

— ¡Es vino joven! —decían los mayores—. ¡Bebe, que te harás mayor!

Aquel año, mientras el verano declinaba, me enamoré perdidamente de Amapola. Cada día serpenteaba entre las cepas para poder hablar con ella y cada noche me apartaba del fuego para compartir un momento a su lado. Sentados a horcajadas sobre un terreno de almagre, Amapola fue la primera que me ofreció un porro. Unos días después, también fue la primera que me besó.

Desde aquel momento mi existencia cobró un nuevo sentido. Tenía catorce años, sí, pero una chica había acercado sus labios a los míos. Yo mostraba la arrogancia de mi edad y no pocas veces me desprendía de la camiseta para mostrar el torso, que yo imaginaba enorme. Si en el viñedo cruzaba la mirada con Amapola, ambos sonreíamos con timidez, cómplices de un secreto que los adultos no eran capaces de entender.

Pero la campaña llegó a su fin y, finalizada la primera semana de octubre, no hubo más uvas que recoger. Los campos estaban esquilados y nuestro esfuerzo no era requerido más. Aquella noche no conseguí acercarme a Amapola y por la mañana estuve ocupado recogiendo las pocas pertenencias que habíamos llevado: una cazuela, tres juegos de cubiertos, un plástico para alejar a los chinches. A la hora de marcharnos, con Amapola flanqueada por sus padres, apenas me dio tiempo de sostener sus manos entre las mías.

—Hasta el año que viene —dijo ella.

—Hasta el año que viene —dije yo.

Mientras el autobús traqueteaba de regreso a Madrid, me mortificaba por no haberla podido dar un beso de despedida. Tan sólo eso anhelaba, un pequeño beso, aunque fuese en la mejilla, convencido de las flechas de amor que mis labios ardientes le hubiesen podido transmitir.

El resto del otoño lo pasé recordando a Amapola. Siempre fui mal estudiante, pero ahora, además, era un mal estudiante enamorado. Demostraba ser incapaz de concentrarme y pasaba largas horas haciendo pellas, paseando por los descampados, sin un clavo. El dinero de la vendimia —150.000 pesetas— lo había entregado íntegro a mis padres para ayudar en casa, pero en algún momento dado me vieron tan triste que decidieron recompensarme.

—Toma, hijo —mi padre me acercó un billete azulado—. Te lo has ganado.

Era un billete de diez mil pesetas, la cara del rey Juan Carlos esbozando un mohín triste. Yo nunca había sostenido uno de ellos e hice amago de devolverlo a sabiendas de cuánto lo necesitaba mi familia. Pero mi madre insistió:

—Es para ti.

Aquel día salí con el billete a la calle, una pequeña fortuna, y sopesé en qué gastármelo. En un primer momento pensé en ir a la sala de recreativos, aunque luego ponderé comprarme unos pantalones vaqueros y finalmente se me ocurrió algo mejor. Con ese dinero compraría un regalo para Amapola. En el ápex de mi enamoramiento, me acerqué a una joyería y gasté el billete en adquirir un precioso anillo de plata que asemejaba una espiga.

Con qué felicidad fantaseé a partir de ese momento. Contaba los meses para que de nuevo fuese septiembre, y coincidir de nuevo con Amapola, y decirle: «ten, esto es tuyo». En mis sueños depositaba el anillo sobre sus manos y ella se me arrojaba al cuello para llenarme de besos.

Los mejores sueños que he tenido jamás.

Y por fin septiembre llegó, nos llamaron para vendimiar y subí de nuevo a La Rioja con mis padres. Con el corazón saltando de impaciencia, anticipando la emoción venidera, me faltaba el aire mientras me aproximaba a los viñedos. Pero nada más llegar al barracón, vi que la familia de Amapola había crecido. Donde eran tres ahora eran cuatro y Amapola se acariciaba una tripa abultada que a esas alturas no podía disimular un embarazo.

Mi padre notó mi turbación.

—A veces las cosas son así —dijo.

Amapola ni siquiera me saludó y colocó su petate al fondo del barracón junto al de su marido. Lleno de dolor, aquella noche arrojé el anillo de plata al fuego y me junté con los hombres a beber del vino que la cooperativa nos regalaba. Todos decían que era de buena añada, pero a mí me sabía amargo.

* * * * *

—Sonny Liston—